



Florida la bien nombrada.

La calle original.

TODO lo que pueda soñarse de lujo, de alegría, de encantadora frivolidad, de buen gusto suntuoso, se halla reunido en esta calle.

—Si fuera algo más ancha—aseguran algunos—, sería una rue de la Paix, un Bond Street...

Cierto. Sólo que ya no sería Florida. Y su belleza, su carácter, su estilo, si puedo expresarme así, está justamente en no ser una copia de ninguna arteria europea. Porque así como en la avenida de Mayo uno se dice, desde luego: «Este es el bulevar», aquí, aun queriendo encontrar puntos de comparación,

tiene uno que preguntarse: «¿A qué se parece esto?»

Y si se parece, hasta cierto punto, á las alegres calles de las capitales italianas; si tiene algo de la deliciosa y bulliciosa Sierpes, de Sevilla; si rivaliza en magnificencia con las más ricas vías parisienses, no es nunca posible contestar:

—Es un reflejo de tal sitio.

No, no es un reflejo. Es tal vez una síntesis, hecha con arte exquisito, de todo lo que hay en Europa de más distinguido, de más animado, de más brillante, de más moderno. Pero, ó mucho me equivoco, ó esta síntesis tiene ya una marca peculiar y expresiva que la hace inconfundible é inolvidable. Las mismas calles que la rodean, y que son iguales en trazado y en arquitectura, no tienen con ella punto ninguno de contacto estético. Su animación resulta, si no más intensa, sí más armoniosa, más rítmica que la del resto de la *city*. La gente no corre por sus aceras, ni se codea en sus encrucijadas, ni se atropella en sus esquinas. Mejor que una arteria comercial parece un paseo.

Y, en efecto, eso es, con sus innumerables

tiendas de amenas suntuosidades, con sus letreros áureos que corren por los balcones anunciando trajes y mantos, con sus confiterías aristocráticas, con sus escaparates llenos de pedrerías, con sus numerosas exposiciones de arte. Y al mismo tiempo es otra cosa más risueña y más íntima: es casi un salón en el cual nadie tiene prisa.

Las damas.

En otro tiempo, según dicen, las damas no se atrevían á pasar por estas aceras, temerosas de la juvenil galantería. ¡Cómo me acuerdo de un famoso artículo publicado hace cinco años por *Le Matin*, de París, y en el cual los peripatéticos de Florida aparecían pintados con colores algo salvajes!

—Exageradísimo es esto—me aseguró entonces un diplomático argentino.

Y agregó:

—Falso del todo, no...

Hoy supongo que los jóvenes aquellos ya han muerto, pues no sólo nada me choca en las maneras de los que se detienen en las

puertas de las tiendas para ver pasar á las muchachas, sino que hasta los encuentro mucho más finos, mucho más discretos que sus hermanos de Europa. ¡Venid aquí, tenorios de la Carrera de San Jerónimo, venid y aprended á admirar sin insolencia y á cortejar sin grosería! Y vosotros también, los morenos señoritos de las galerías de Milán, haced el viaje hasta esta tierra si queréis recibir una lección de galanteo distinguido... Las leyendas son tan ténaces, sin embargo, que en Buenos Aires mismo he oído á más de una persona grave quejarse del poco respeto con que los jóvenes «bien» se conducen en la alegre calle.

—Yo—decía anoche un porteño distinguido—no le permitiría á mi mujer que fuera á pasearse por Florida como se pasean las señoras por la rue de la Paix.

—Y en París—le pregunto—, y en Roma, y en Madrid, ¿le permitiría usted que fuese sola á las calles centrales?

—Sí, señor... En Europa los hombres son más finos.

—Yo, que vivo en París, tengo una idea contraria, señor mío.

Las porteñas me parece que piensan como yo, pues á ciertas horas se las ve recorrer la vía de todas las elegancias sin dar muestras, ya no digo de tener miedo, pero ni siquiera de sentir el menor recelo. Y esto es justamente lo que adorna, lo que florece á Florida; esto es lo que le da su aspecto delicioso y risueño; esto es lo que, perfumándola, la hace muy distinta de las ruidosas arterias vecinas, por las cuales casi sólo hombres pasan.

Esplendores.

—¿Ha visto usted algo más rico?— me pregunta mi amigo, mostrándome las vidrieras de las joyerías.

No es la riqueza lo que á mí me pasma; es el buen gusto, el refinamiento, el supremo *chic*. Todas las piedras preciosas están ahí; pero no cual en los escaparates de Nueva York, ostentando sus quilates con la enorme grosería de su precio, no, sino como excusando su valor de mercadería entre las gracias artísticas de sus engarces. Los Lalique, los Brindeau, los Tiffani, los magos de

la joyería, parecen haber escogido estas vidrieras para exponer sus más perfectas obras.

Y no son sólo los objetos de oro los que aquí merecen el nombre de joyas. Cada *de-venture* representa un joyel. Esos sombreros, que vienen seguramente de algún Lewis ó de alguna Carolina Reboux, son joyas; esos trajes, dignos de Poiret y de Marthe Wingrove, son joyas; esos encajes, en los cuales hay tantos ensueños hilados, son joyas; esos zapatitos minúsculos, que yo querría tener en mi mesa de trabajo para llenarlos de flores como búcaros de seda, son joyas; esos *bibelots* menudos, frágiles, translúcidos, son joyas; esas *echarpes* flotantes, con reflejos de cielo y de agua, son joyas; esas medias transparentes, caladas y pintadas, que estiran su garbo tentador en inmóviles pantorrillas de cera, son joyas... Para adornar dignamente al único ídolo que no conoce iconoclastas, al eterno y omnipotente ídolo femenino, la industria moderna tiene siempre, en todas partes, manos liberales de joyero. Mas aquí á la liberalidad se une la delicadeza. Ni en la rue de la Paix, en efec-

to, ni en Bond Street, ni en el Groben he visto tanta exquisitez unida á tanto lujo... ¡Y pensar que aun hay, no obstante, en el mundo millares y millones de seres que, si quieren hablar de algo que es caro y sin gusto, dicen con desprecio: «¡Eso está hecho para América!»

América, encarnada en su metrópoli argentina, no tiene hoy, estéticamente, nada que envidiar. Sólo que ¿cómo hacer comprender tal verdad á Europa? Yo mismo confieso con rubor que, cuando Rubén Darío me pronunciaba largos discursos familiares sobre el refinamiento de Buenos Aires, no podía dejar de pensar que todo aquello era una gentil exageración de poeta.

Esto es Turquía.

—¿Quiere usted entrar aquí?

Es una confitería. De un lado están los hombres, sólo los hombres; del lado opuesto, las mujeres; entre unos y otros, un inmenso tabique hace imposible la menor comunicación.

—Aquí— le confieso á mi compañero— ya no me siento en París, ni en Milán, ni siquiera en Madrid. Aquí estoy en Turquía, con su harem-lik y su salem-lik.

Mi amigo sonríe.

Yo me siento triste, triste, triste, al pensar en todo lo que representa de prejuicios coloniales esta costumbre argentina, que mantiene en algunos teatros la célebre cazuela del tiempo de Quevedo y que divide ciertas confiterías en dos campos extraños, casi hostiles. Y las líneas de Huret sobre este asunto, que tan fantásticas me parecían hace algún tiempo, acuden ahora á mi memoria como una pintura tristemente fiel.

«Los hombres y las mujeres—dice el viajero francés—se ven, es verdad; pero separadamente. Los hombres se reúnen en el club ó en sus tertulias para hablar de los sucesos políticos ó de sus estancias, y las mujeres, por su parte, organizan bailes, tés, *bridges* y *garden-parties*, de las que son excluidos los hombres. Además, las mujeres se visitan con frecuencia, reuniéndose las amigas por la noche, después de cenar, cuando los maridos se han marchado. Así, pues, fuera de la familia, se desliza diver-

»gentemente la existencia de los hombres y la de las mujeres. Por otra parte, las conversaciones de salón son, por lo general, bastante anodinas. Cuando las mujeres han pedido á los hombres noticias de sus estancias, dándoselas ellas á su vez acerca de sus hijos, languidece la conversación por falta de tema.»

La gracia femenina.

Mi amigo me dice:

—Hay, en la idea que usted se forma de las relaciones entre los sexos, un error excusable. Esta confitería es un resto de antiguas costumbres. Entre usted en el *five-o'clock* de al lado, en el mundano Rumpelmeier, y verá que el tabique no existe. Es más: verá usted que los jóvenes se acercan á las mesas de las señoritas con una familiaridad que en Europa misma no es común. Nuestras niñas solteras viven libres, van á los tés, frecuentan las Exposiciones y en todas partes forman esos deliciosos grupos gorjeantes, en los cuales las finas siluetas de las rubias se confunden con los airosos

talles de las morenas. Las que en nuestra sociedad no salen solas, las que viven en una especie de reclusión, son las casadas jóvenes. Lea usted bien las líneas de Huret y verá que se refieren á las señoras, no á las señoritas. ¿Quiere usted entrar en casa de Rumpelmeyer? Ahí veremos mujeres bonitas.

—Quiero entrar en todas partes—le contesto sin gran entusiasmo.

Pero apenas he subido la escalera que conduce al vasto salón del té y de la música, una visión encantadora me hace sentirme á mil leguas de la curiosa confitería de al lado. Ya no estoy en Turquía. Ya he vuelto á París. Por todas partes los más divinos rostros, los más esbeltos cuerpos, las más elegantes *toilettes*...

—Decididamente—le digo á mi compañero—, no hay mujer más bonita que la argentina... Es un don que el cielo ha hecho á este país.

Mi amigo sonríe.

—En efecto—contéstame—; hay en nuestra ciudad muchas chicas lindas, y aun las que no lo son tienen algo que cautiva. Pero no es obra divina, sino obra humana, muy

humana, esa seducción. Porque la *joliese* se adquiere, no como algunas damas se lo figuran, por medio de afeites y de adornos, no por arte de coqueterías, no en casa de la costurera, sino por un trabajo de cultivo primoroso, ni más ni menos que la forma de ciertas especies de flores y la fineza de ciertas razas animales... Vea usted, por ejemplo, el caballo angloargentino... ¿Le parece un producto espontáneo de la Naturaleza? Claro que no. Es una obra de arte viva. Cada una de sus cualidades viene de cuidados escrupulosos. Pues bien; con la mujer bonita, con la mujer que seduce sonriendo, con la mujer que es un ídolo, pasa lo propio. Sus gracias, sus miradas, sus sonrisas, sus movimientos, sus mismas líneas, sus curvas delicadísimas, son producto de un cultivo exquisito. En otro tiempo, sólo Francia producía estas especies de criaturas de encanto y de seducción. Ahora ya hay, no otros dos países, pero sí otras dos ciudades que han logrado crear un tipo digno de rivalizar con el parisiense: son Nueva York y Buenos Aires. En muchas partes, en España, en Italia, hay mujeres muy bellas; mujeres que, aun sin ser bellas, sean seductoras, no. Nues-

tras muchachas, casi todas nuestras muchachas, poseen el secreto ó el don de la seducción. ¿En qué consiste ese secreto? ¡Vaya usted á saberlo! En todo y en nada. Es un sutil aliento de voluptuosidad espiritual que hace, alrededor de ellas, palpitar las sienes; es un fuego ligero que, cuando ellas pasan, deja una huella de gracia cálida; es un misterio, en fin, un diabólico misterio de esencia ideal. Pero ese misterio ideal es obra de industria casi material. Cultive usted cualquier otro tipo de mujer y obtendrá el mismo resultado. El ejemplo de Atenas nos lo prueba. Usted sabe que en la antigüedad la ateniense tenía fama de no ser linda y de ser, en cambio, seductora. Las bellezas espléndidas iban al Atica de las islas asiáticas. La tierra de Minerva sólo producía *petites femmes*; mas esas *petites femmes* se llamaban Aspasia, Lais, Friné... En París, las mujeres que hacen palidecer al mundo entero no tienen la belleza augusta de una Fatma, nacida en Oriente. Lo que tienen es algo de que las otras mujeres carecen: la gracia, la divina gracia moderna, la gracia que nuestras porteñas poseen también y que nos llena de or-

gullo á nosotros. Es una flor que nosotros cultivamos con amor desde hace casi un siglo; es decir, desde que podemos pensar en el lujo, en el arte... Quizás hasta hoy sea nuestra única obra de arte...

Bellas artes.

Al salir de Rumpelmeyer penetro en una Exposición de bellas artes y me encuentro con el más interesante de los cosmopolitismos. Todas las naciones y todas las escuelas están allí representadas. Junto á un paisaje escandinavo de Tawlow se yergue un matorros napolitano de Mancini; al lado de una gitana de Zuloaga, negra y seca, una parisiense de Heuleu se mira al espejo; Bonnat fraterniza con su enemigo Wislers; el mundo entero, en fin, está ahí mezclado, y en tal ecléctico desorden veo, mejor que en ninguna parte, algo de la futura misión de este pueblo que, después de ser el más vasto jardín para el cruce de razas, tendrá que llegar á convertirse, cuando se halle en el apogeo de su existencia espiritual, en un magnífico crisol de artes.

Dejándonos llevar por la ola suave de los

que caminan sin prisa, venimos desde Jockey Club en un paseo lento y maravilloso. Tanto lujo, tanto brillo, tanta elegancia, son como un espectáculo perpetuo. Hay algo de *feerie* en este ambiente de sonrisas, de perfumes, de halagos y de resplandores. A veces, hasta la noción de las calles, es decir, de un espacio que pertenece lo mismo á los caballos que á los hombres, se desvanece para sugerirnos la idea de que nos paseamos por una galería en un palacio encantado.

—Aquí—le digo á mi compañero—todo parece estar en las vidrieras.

El palacio de las tentaciones.

Sonriendo y deteniéndose ante una puerta, me pregunta:

—¿Quiere usted entrar?

Estamos ya al final de Florida. El ruido de los automóviles de la avenida de Mayo llega hasta nuestros oídos, haciéndonos sentir que dentro de un instante habrá terminado nuestra deliciosa peregrinación por la extraña y admirable calle. Para prolongar el encanto de la hora me dejo guiar por mi ami-

go y penetro en un tienda que, desde fuera, no me ha parecido sino enorme. ¡Cuál no es mi sorpresa al hallarme de pronto trasladado á la verdadera capital de las elegancias! ¿Es el Printemps, con sus mil empleadas gentiles y su perpetuo frou-frou de sedas ajadas por manos aristocráticas?... ¿Es el Louvre y su interminable exposición de objetos preciosos?... ¿Son las galerías Lafayette, con sus enjambres gorjeantes de muchachas bonitas que se prueban los sombreros más ex-céntricos con la mayor naturalidad?... Es todo eso junto; es el alcázar de los ensueños femeninos; es el antro en que las brujas han amontonado lo que hace palpitar el alma de Margarita; es, en una palabra, el palacio de las tentaciones. Emilio Zola llamó á uno de estos almacenes *Au bonheur des dames*. Lo de *bonheur*, cuando uno se fija en ciertas miradas, en ciertas actitudes, en ciertas sonrisas, parece algo irónico. No es la dulzura desinteresada que proporciona un museo, en efecto, lo que en lugares cual éste se nota. Es el temible, el imperioso, el tiránico deseo. ¿Cómo resistir á todo lo que así atrae? En las tiendas, en general, los objetos no apa-

recen ante la compradora sino á través de los cristales de las vidrieras... Aquí, lo más raro y lo más caro, lo más frágil, lo más exquisito, lo más vaporoso, los encajes, las gasas, los velos, las cintas, las pieles, todo lo que constituye el adorno del icono femenino está al alcance de las manos. Y las manos, las pálidas manos, nerviosas, se acercan, tocan, digo, no, acarician, lo que la coquetería codicia, y poco á poco, al contacto de lo que es tibio y suave, una embriaguez verdadera aduénase del ánimo mujeril.

Mi amigo me dice, lleno de orgullo:

—Estos almacenes que á usted le parecen inmensos no son sino una de las secciones de la Casa Gath y Chaves... Hace un instante pasó usted ante otros inmensos edificios que forman parte de la misma Empresa... Mayores, más ricos, más suntuosos, no existen en todo Sud-América... ¡Qué digo!... No sé si hay en París ó en Londres algo que se le pueda comparar, con sus varios palacios, con sus millares de empleados, con sus formidables introducciones de todo lo que el mundo fabrica, no sólo para el adorno de la mujer, sino para todo lo necesario á la vida... Las cifras...

Mientras mi amigo, con su manía muy argentina de hablar de números y de precios, continúa pintándome la grandeza de la casa legendaria, yo, siempre pueril, sigo el paso rítmico de las mujeres que, como mariposas, revolotean alrededor de las tentaciones. Ahora mismo acaba de posarse ante un amontonamiento de sedas una rubia de grandes ojos ingenuos. Primero contempla sin moverse las telas, y su mirada azul va de los rasos luminosos á los tenues fulares. Pero poco á poco adviértese que su curiosidad se convierte en entusiasmo. Con la imaginación, ella admira, sin duda, su propio cuerpo envuelto en esos tules diáfanos, en esos brocados magníficos, en esos secos tafetanes. Febril y pálida, escoge. ¿Cuál es el tisú que mejor puede convenirla?... Su duda es un tormento. Sus dedos van de una tela á otra tela, poniendo sus blancas manos de marfil entre los esmaltes de la policromía moderna. En sus ojos, que se han tornado oscuros, una llama brilla, que indica la dominación del deseo avasallador.

Como ésta son millares, son millones, todos los días, á todas horas, en las grandes ciudades del lujo.

¡Y qué bien se comprende tal embriaguez ante tanta tentación! Lo que puede seducir, atraer, halagar, se halla en estos alcázares, desde el guante blanco hasta la peluca de color, desde la camisilla íntima hasta el aparatoso manto de armiño. La pura Verdad desnuda, al salir de un pozo, podría entrar por la puerta de la derecha, y al cabo de algunas horas se marcharía por la de la izquierda convertida en la divina Mentira vestida. No hay mujer, no hay ninguna mujer, que resista á esta abundancia, á este lujo, á este derroche, que parece obra diabólica.

Mi amigo, que no quiere fijarse en el perpetuo drama que se representa en estos palacios de las tentaciones, me dice:

—Marchémonos.

Y nos marchamos. Y yo pienso, pero sin decirlo, por miedo á parecer frívolo; yo pienso sinceramente, gravemente, que tal vez de todo cuanto se llama progreso lo único admirable de verdad, lo único que significa una perfección completa, es el arte supremo de los que han sabido crear las industrias para embellecer á la mujer, y pienso también que lo que mejor caracteriza á una gran capital son sus palacios de tentaciones.



En los grandes teatros.

LAS noches del Colón, las noches de los grandes estrenos, de las grandes funciones de gala, de los grandes *débuts*... Como todo el mundo, yo había, naturalmente, oído hablar de todo eso. Sabía por los Huret, por los Baudin, por los Clemenceau, que comparadas con ellas las noches de la Opera parisiense resultan menos luminosas y menos estrelladas. Sabía que sus millares de espectadores representan, en los días de lleno, la masa más considerable de níveas pecheras y de brazos marmóreos que se ve en el mundo. Sabía que en el inmenso hemicíclo de la sala se superponen, desde la platea hasta la cazuela, una serie de *corbeilles* de flores femeninas más bellas que un ensue-